

V

En esa tierra que fecunda baña,
descendiendo al rugir de la montaña,
del Delaware la fugaz corriente,
y do el bosque en su sombra, agradecido,
guarda el nombre de Penn eternamente,
se halla el pueblo por él establecido.

Es su ambiente balsámico, en sus valles
luce bello el durazno, y en sus calles,
para ir apaciguando á las driadas,
cuyas verdes mansiones se invadieron,
los nombres de las plantas arrancadas
de sus selvas y bosques, se escribieron.

Desde la playa de la mar vecina,
á esa tierra fecunda, Evangelina
llegó sola, abatida y desterrada,

de Penn entre los hijos encontrando
nueva patria y hogar á su llegada,
para ir su vida mísera arrastrando.

Allí, ya de vejez, y entristecido,
René Leblanc había fallecido
al morir no mirando ya á su lado,
del centenar de nietos que tenía,
mas que uno, que pobre, infortunado,
era al par su consuelo y alegría.

Algo de dulce en la ciudad hallaba,
algo á su tierno corazón le hablaba
y comprender le hacía, que extranjera
no podía parecer; y en el tuteo
que entre todos los cuákeros oyera,
tal contento encontraba su deseo,

que recordaba su pasada vida,
la niñez que en la Acadia bendecida
pasara entre contentos y placeres,
el corazón y la conciencia ufanos,
como hermanas llamando á las mujeres
y á los hombres tratando como hermanos.

Y así ya sus fatigas acabadas,
sus pesquisas del todo terminadas
y sin pensar en renovar su viaje,
cual hojas á la luz, sus pensamientos
volviéronse al poético paraje
donde halló Filadelfia sus cimientos.

Así como miramos en la niebla
que en la mañana las montañas puebla
cuando el sol á lo lejos la abrillanta
lucir paisajes y plateados ríos,
ya una ciudad que nuestra vista encanta,
ya una aldea, lejanos caseríos,

Así tras de la niebla de la vida
ella miraba el mundo entristecida
por el sol del amor iluminado,
hermoso contemplando en lontananza
el camino por ella atravesado
cuando abrigo dió en su alma á la esperanza.

Y á Gabriel no olvidó; su imagen pura
encerró dentro el pecho, de ternura,
de amor y de belleza circundada,

aunque más bella aún, porque le hacía
aparecer como de luz bañada
el silencio y la ausencia en que vivía.

Para que ese recuerdo mantuviera
nunca fué el tiempo obstáculo ó barrera,
ni á tanto hubiera su poder llegado;
porque en su alma el recuerdo del ausente
era como el recuerdo del amado
á quien muerto se juzga eternamente.

Y ese amor que se torna tan profundo
cuanto más imposible es en el mundo
porque de objeto al parecer carece,
el sacrificio propio le enseñaba
que á las almas amantes enaltece
y amar á los demas le aconsejaba

Y así el amor que concentrado había
dentro su corazón, se parecía
al olor de esas frutas perfumadas
que nunca, aunque se aspire, se consume,
y que tiene á las frutas impregnadas
aunque esparza en el aire su perfume.

Ni una vana esperanza, ni un deseo,
ni un juvenil y extraño devaneo
eran una inquietud para su vida;
pues solo ansiaba, que su mala estrella
seguir le permitiese agradecida,
de su Divino Salvador la huella.

Largos años vivió de Mercedaria
y se la vió feliz y solitaria
frecuando los barrios apartados
que súcias callejuelas componían,
do de la luz del sol avergonzados
el hambre y la miseria se escondían.

Do el dolor y las penas se ocultaban,
donde en súcios desvanes, expiraban
privados de cuidado y de consuelo
infinitas familias de mendigos,
sin inspirar la compasión del cielo
ni recibir el pan de sus amigos.

Y una noche tras otra, cuando el mundo
reposaba en el sueño, y un profundo,
triste silencio á la ciudad cubría,

y el *sereno* monótono anunciaba
que mal ninguno en la ciudad había,
ella, errabunda, por doquier buscaba

La llama de los cirios encendidos
en los barrios oscuros y escondidos
que á su alma le anunciaban el momento
de ir á ofrecer su ayuda protectora,
á alguno que muriese en aislamiento
y menester lo hubiese en aquella hora.

Y unos tras otros días, cuando oscuros
todavía mirábanse los muros
de la ciudad dormida, la encontraban
los pobres alemanes labradores
que por esos suburbios trasportaban
al mercado sus frutas y sus flores,

Como una sombra deslizarse lenta
á través de las calles, macilenta,
por los males ajenos abatida,
en su faz el insomnio revelando,
por el dolor y por la edad vencida,
á su humilde Convento regresando.

Entonces sucedió que horrible peste,
mandada por la cólera celeste,
en la ciudad cayera, presagiada
por bandadas de pájaros, que huyendo,
por no comer entre los bosques nada,
iban del sol el disco oscureciendo.

Tal como suele, al acercarse Octubre,
alzarse el mar, que con sus olas cubre
y en un lago trasforma las praderas,
así la muerte levantóse airada,
y la vida, cual otras sementeras,
dejó bajo sus ondas sepultada.

Para domar la muerte, la riqueza
ya no tuvo poder, y la belleza,
para poder, salvada, seducirla,
de encantos careció; porque implacable,
á nadie le fué dado resistirla,
ora fuese opulento ó miserable.

May ¡ay! los infelices que veían
mudo el mundo á sus piés, y carecían
de parientes y amigos, que angustiados

se hallasen en su humilde cabecera,
ibanse al hospital, desamparados,
que él el hogar para los pobres era.

El hospital en el suburbio estaba,
la pradera gentil le circundaba;
hoy la ciudad á su alrededor se tiende;
sin embargo, se escucha todavía,
enmedio al lujo que do quier se extiende,
la palabra de Dios, que allí decía:

«Siempre los pobres estarán contigo.»
En ese hogar del pobre y del mendigo,
luchando sin cesar, y solitaria,
una noche tras otra, fatigosa,
mirábase á la humilde Mercedaria
cuidar de los enfermos cariñosa.

Cuando su faz sobre el humilde lecho
miraba el moribando, satisfecho
juzgaba contemplar en su delirio,
coronada su frente de fulgores,
igual á la aureola del martirio
que á la Virgen le ponen los pintores;

Y en sus ojos mirar le parecía
la llama pura que brillante ardía
del Dios de amor en la mansión celeste,
por cuyas puertas, siempre iluminadas,
sus almas, arrojadas por la peste,
iban á entrar, del cuerpo desligadas.

La mañana de un sábado, pasando
á través de las calles, y marchando
con pasos lentos, alcanzó la puerta
del humilde hospital. ¡Cuán oloroso
respirábase el aire que en la huerta
y en el jardín flotaba silencioso!

Detúvose de pronto, y bondadosa
fué al jardín á cortar la más hermosa
entre todas las flores que veía,
la que á algún pobre enfermo le ofreciera
un momento á lo menos de alegría
cuando su cáliz perfumado oliera.

Subió luego á los altos corredoras,
y allí, de las campanas los clamores
que en la iglesia de Cristo resonaban,

dulces, vibrantes, escuchó, mezcla los
con los himnos y salmos que cantaban
los suecos en Wicaco arrodillados.

De aquella hora la tranquila calma,
cual las alas de un ave, sobre su alma
apacible cayó, y en ese instante
algo á su propio espíritu decía:
"Se acabaron las penas del amante,
llegó la hora fatal de la agonía."

Entonces, luminosa la mirada,
con el alma en los ojos retratada,
en las salas entró. Allí afanosa
multitud de enfermeros obediente
se miraba do quier; ya carifiosa
humedeciendo la abrasada frente

de los pobres enfermos, ya mojado
sus labios siempre secos, ya cerrando
sus ojos sin miradas y sin vida,
ya cubriendo sus rostros, ú oraciones,
rezando fervorosa y conmovida,
para alentar sus tiernos corazones.

Muchos de los enfermos, de sus lechos
 alzaron la cabeza satisfechos
 por ver á Evangelina, que cuidando
 de todos siempre con igual ternura,
 era un rayo de sol iluminando
 de estrecha cárcel la pared oscura.

Ella, mirando al rededor, veía
 cómo la muerte con su mano había
 corazones innúmeros helado.
 ¡Cuántos habían por la noche muerto!
 ¡Cuántos habían por la noche entrado!
 ¡Cuánto lecho encontrábase desierto!

De repente, detúvose azorada,
 por el asombro y el temor pasmada;
 las flores de sus manos resbalaron,
 y abierto el labio, pálida, sombría,
 miró los lechos que do quier giraron,
 sintió que el suelo de sus piés huía!

De su garganta un nudo desgarróse,
 y de su labio entonces escapóse
 grito de angustia y de dolor profundo,

que al resonar sobre el humilde techo,
 hizo que el desgraciado moribundo
 entreabriese los ojos en su lecho.

Frente de ella, extendido en su camilla
 mirábase un anciano; la mejilla
 en la mano apoyada, blancos rizos
 sus sienes palpitantes sombreaban,
 y del rostro aumentando los hechizos
 que juvenil belleza recordaban,

La luz que hasta su lecho descendiera,
 irradiaba en su blanca cabellera.
 Más joven por momentos parecía,
 más hermoso se hallaba á cada instante,
 que así del moribundo en la agonía
 trueca en bello la muerte su semblante.

Aunque tristes lánguidos los ojos,
 estaban secos, por la fiebre rojos
 sus labios al morir, cual si la Vida,
 á usanza del Hebreo, los regara
 con sangre del cordero prometida,
 para hacer que la muerte se ahuyentara:

Y así ya aletargado, sin sentido,
sobre su lecho, pálido, extendido,
por la agonía y el dolor inerte,
se sepultando entre la sombra
de esa mansión terrible de la muerte
que siempre el alma con espanto nombra.

Entonces en su oído resonaron,
aunque apenas muy débiles llegaron,
de aquel grito de angustia los clamores,
y oyó una voz muy dulce que decía:
"¡Oh Gabriel! ¡Oh el amor de mis amores!"
y luego en el silencio se perdía.

Entonces como un sueño, la memoria
una vez más le recordó su historia:
volvió á mirar de nuevo la montaña
que en su niñez tranquilo recorriera,
vió plantada en la cumbre su cabaña,
el verde campo y la gentil pradera;

Vió de nuevo la Acadia en sus ensueños,
y en sus valles hermosos y risueños
miró de nuevo su feliz aldea
por sonoros ríos circundada,

y del furor del viento y la marea
por los montes y diques resguardada.

Y así, volviendo á sus primeros días,
saboreando sus castas alegrías,
creyó mirar á Evangelina, llena
de inmenso amor, de dicha y hermosura,
como en las horas de su infancia, buena;
como en sus sueños amorosos pura.

A sus ojos las lágrimas brotaron;
mas después al abrirlos, contemplaron
deshecha su ilusión, como neblina
por el sol del verano disipada;
pero en cambio, á su lado Evangelina
estaba cariñosa arrodillada.

En vano fué su pertinaz intento
de pronunciar su nombre, que su acento
sobre sus labios rígidos moría;
la lengua apenas con trabajo alzaba,
pero ella sola revelar podía
que un dulce nombre pronunciar ansiaba.


En vano quiso alzarse de su lecho.....
Entonces ella reclinó en su pecho

su moribunda y lánguida cabeza,
besó sus labios y esperó tranquila,
en la actitud de quién callada reza,
que la luz se apagase en su pupila.

Al fin, entre sus brazos, de repente
sintió caer la desmayada frente;
y aquella vida se apagó, cual llama
que iluminando sola un aposento,
una encendida lámpara derrama
y presto apaga con su soplo el viento.

Todo concluyó entonces: los pesares,
la esperanza, el temor y los azares
de su existencia en el dolor sumida,
la inextinguible sed de quien espera,
el fastidio y cansancio de la vida,
la inquietud del que amando desespera.

Entonces, recostada sobre el lecho,
oprimiendo de nuevo contra el pecho
su cabeza sin vida, doblegóse
sobre su cuerpo inanimado y frío,
y esta plegaria resonar oyóse:
"¡Gracias, gracias al fin, gracias, Dios mío!"



Esta es la selva de la edad primera.
Mas, allá, de sus sombras apartados,
el uno junto al otro, sepultados
en sus tumbas sin nombre, los amantes,
á quienes combatió contraria suerte,
durmiendo están el sueño de la muerte.
Bajo la humilde bóveda del templo
do acuden los cristianos conmovidos,
en medio á la ciudad, desconocidos,
é ignorados reposan.

Las olas de la vida diariamente
á su alrededor se elevan y se agitan:
corazones amantes á millares
donde sus corazones no palpitan,

cerebros, afanosos que se encienden
 donde ha mucho los suyos descansaron,
 miles de ágiles manos que trabajan
 donde ellos su labor abandonaron,
 y millares de piés siempre movidos
 donde ellos su jornada terminaron.

Ésta es la selva de la edad primera.
 Mas debajo la sombra de sus ramas,
 con distintos idiomas y costumbres
 habitan de otro pueblo
 laboriosas é inmensas muchedumbres.
 Solamente á lo largo de la costa
 del Atlántico triste y misterioso,
 como una flor que su existencia agosta,
 apartados del mundo bullicioso,
 su vida pasan pobres labradores,
 cuyos padres ancianos, desdichados
 volvieron á su tierra
 para ser en su seno sepultados.
 Aún del pescador en la cabaña
 se oyen las ruecas y el telar gimiendo,
 y cuando el sol traspone la montaña,
 la historia de la pobre Evangelina
 junto al fuego sentadas repitiendo,

ya sus gorros normandos, ya sus mantos
 estan las niñas sin cesar tejiendo;
 miéntras del mar que su furor esconde
 en sus antros de rocas
 se oye el ronco y horrísono bramido,
 y del bosque lejano le responde
 el tristísimo y lánguido gemido.

FIN.